

A mi amigo Germán López Quiroga (poeta), veteranos ferroviarios de la
época del vapor...

A todos los entusiastas vaporistas del Museo del Ferrocarril de Galicia
ubicado en ese entrañable “rincón” ferroviario que es Monforte de Lemos...
A Luis Blanco, su director.

A todos ellos, gracias por proporcionarme momentos tan agradables como los
vividos en mi estancia en Galicia a bordo del Galaico Expreso.

Martine Campo, Toulouse, Francia, noviembre de 2006

En recuerdo de mi visita a Galicia con motivo de mi estancia en Monforte de Lemos para visitar a mis amigos del Museo del Ferrocarril de Galicia.

Desde Os Peares, residencia gallega de Turismo Rural donde me alojo, me viene a la mente este paraje incomparable entre aquellos que, a mí entender, no tienen parangón.

En la lareira del "Muíño do Vao", van consumiéndose lentamente los pequeños troncos de la madera de carballo que mantiene vivo el fuego de la estancia. Tengo que reconocer que no había disfrutado nunca antes de este intimismo tan personal que proporciona el calor de una cocina rural.

Sin embargo, lo hago mío, con toda naturalidad, con sencillez, con este amor por las cosas de antaño, como la llama de la hoguera anunciadora de una velada enraizada en lo intemporal.

Por el abierto tragaluz de la lareira, el río Búbal deja oír su caudal embravecido alimentado por las persistentes lluvias que, junto al ventarrón racheado que se levantó de madrugada, sigue acompañando con su frondosa corriente el final del día.

Antes de empezar este relato, que además, en su origen, tenía pensado escribirlo en francés, el proyecto que yo llevaba en la mente no era más que éste de dejarme llevar en una larga ensoñación dedicada de lleno, casi exclusivamente, a los recuerdos, y luego a la morriña, hermana gemela de la nostalgia.

Y aún me pregunto si a esto se le podría llamar "proyecto", ya que en el pasado se ubicaba y de indagar en él se trataba...

¿Cómo podría uno proyectarse en el pasado?

El día 11 de octubre de 2006, volvía a España, en tren. Regresaba a tierras de León después de 23 años de estar ausente, y a Galicia después de 30.

Y se dice pronto. La simbólica de semejante viaje es obvia. Sólo le puede asemejar la de estos exiliados que tienen la buena suerte, que no la tienen todos, de volver a su patria.

Las tierras de León prefiguran las de Galicia. Los Montes de León, los de Galicia. Los embalses de León, los galaicos cañones del Sil y del Miño.

Volver al tren significaba volver a España. Tardé en entender que, en mi mente, no podía separar el uno del otro, y que sólo cobran sentido si van juntos. Es más no sabía que, después de todo, pudiera volver la nostalgia hasta la época del vapor. Aún era una niña cuando se acabó la era de estos

“dinosaurios de acero”. Era muy niña – tan solo tenía ocho años – cuando realicé un viaje a Barcelona, en tren de vapor.

Nunca imaginé que llegaría a hacer, aunque puntualmente, de camarera y señora de la limpieza en los coches del “Galaico Expreso”. Lo más divertido es que desconocía la existencia de este tren cuatro meses antes.

Por la tarde, con este cielo momentáneamente despejado, este aire tan fino depurado, esta luz peculiar que acentuaba los relieves de los viñedos aferrados a la roca, en este paraje montañoso entrelazado incansablemente en sus alturas, no pude quedarme dentro.

Aunque hubiera querido, un “algo” o un “alguien” - un duendecillo tal vez – casi me empuja fuera...

Salí a dar un largo paseo. Tenía que hacerme con algunos alimentos, y aproveché para caminar por la aldea.

Y lo más natural del mundo, en los pueblecitos, que no en las deshumanizadas grandes urbes, no tardé en conversar con las gentes del lugar. Me complació comprobar que éstas han sabido conservar esta maravillosa costumbre, tan genuína, de saludarse unos a otros al encontrarse en la calle.

Incluso yo me sentí acogida, integrada. Y, a pesar de ser una forastera en este rincón maravilloso, me sentí inmediatamente como una más del lugar.

Esta forma de acoger e integrar a gentes de afuera me conforta aún más en mi planteamiento de retornar, para una segunda vida, a la tierra de mis abuelos paternos.

Esta costumbre – la de saludar al cruzarse en la calle - yo la conocía en mi niñez cuando en mi pueblo no se había perdido todavía. Pérdida de la que tanto he sufrido, y costumbre que tanto añoro, por ser parte de mi infancia, y tal vez por el motivo que aquello que también participa del imprescindible proceso de identificación.

Y hablando con la señora de la tienda de Alimentación, me enteré que no me quedaba lejos, andando, aquel precioso puente ferroviario con celosía azul que ya había tenido el privilegio de recorrer con el emblemático “Galaico Expreso”....

Estuve allí, en este rincón de paraíso donde las “augasmestas” de los tres ríos de “Os Peares” desarrollan su impresionante espectáculo tridimensional con sus cauces embravecidos y majestuosos... O río Miño, o río Sil, o río Búbal...inacabable... inolvidable...insospechable tan solo hace unos meses...

El "Galaico Expreso"... imborrable recuerdo, descubrimiento más que conmovedor, cuya huella ahonda aun más si cabe, la nostalgia de esta época del vapor inscrita de una forma indeleble en algún recóndito rincón de mi memoria infantil...esta misma que perdura a lo largo de una vida entera sin que tan siquiera lleguemos a sospecharlo...

Tan hondamente inscrita que, en la mayor parte de los casos, parece definitivamente enterrada, hasta el punto que, de no ser por una repentina casualidad o incluso efecto de "concatenación", nunca volvemos a sospechar de su existencia.

La abundante "choiva" gallega que hoy ha vuelto a nublar el cielo, bufando en la cimas de los montes cercanos, destila unas minúsculas perlas transparentes en la punta de las ramas de los árboles...

Qué nostalgia me envuelve, qué recuerdos imborrables me proporcionan todos los momentos vividos en Galicia en compañía de los amantes del ferrocarril de Monforte que tanto cariño demuestran hacia los orígenes ferroviarios de su ciudad....

Desde la lejanía, Martine Campo, Toulouse.
